

Es el caso que surgió un pugilato -ya anunciado de antiguo- entre quienes preconizaban la primacía de la ética y los que, en otro extremo, se aferraban a la pureza del arte, ignorando en ocasiones que, ética y estética, no son en absoluto incompatibles. El propio Alfonso Sastre, escritor militante de la izquierda española, afirmaba a finales de los sesenta que escribir al más alto nivel político comportaba el hacerlo "al más alto nivel estético". Y no le faltaba, desde luego, razón.

Porque en poesía no hay temas ni vocablos prohibidos. La poesía es el dominio de la libertad. Solamente la magia del poeta signa los resultados de su arte, para bien o para mal. Podríamos establecer comparaciones: pero son odiosas.

Por lo demás, en un mundo abocado a la dictadura de la informática y la cultura -por así llamarla- de masas; un mundo que reduce el lenguaje a mera expresión matemática, mientras cunde el desencanto, la insolidaridad, la incomunicación y el enriquez-vous a cualquier precio, deviene tarea urgente devolverle -al lenguaje- su fuerza primigenia, su inocencia perdida: su poder. En semejante mundo, la poesía, más que un simple instrumento epistemológico, esto es, de conocimiento, ha de serlo de re-conocimiento y celebración, referencia obligada de todos los anhelos interiores del hombre, reivindicando o, aún mejor, conquistando los valores perdidos: la emoción, la ternura, la libertad... la belleza, que no es sino el rostro del bien.

Finalmente, la poesía es un buque, un frágil vaporcito en constante singladura del amor a la muerte y viceversa, tratando de encontrar sus raíces últimas: la tierra, el aire, el agua, el fuego... los elementos cósmicos de la vieja filosofía presocrática; el cielo y el infierno: todo aquello, en resumen, que nos torna partícipes de la luz y la sombra de este género humano que, desde hace milenios, transita por el orbe, buscando una verdad a la que, necesariamente, hemos de encaminarnos.

Domingo F. FAILDE

